

MIRADA NUEVA - PROBLEMAS VIEJOS *

MARYSA NAVARRO ARANGUREN
(Darmouth College)

La mirada que propongo en el título de este trabajo en verdad no es tan nueva pues desde ya hace casi veinte años viene ganando adeptos, y sobre todo adeptas, en gran parte del mundo académico. Me refiero a los esfuerzos que han llevado a cabo las feministas por deconstruir los paradigmas que un conocimiento supuestamente científico había impuesto y proponer otro conocimiento que no distorsione a las mujeres, las reduzca a estereotipos o las rinda invisibles.

El propósito de iniciar un diálogo sobre género y raza para abrir una nueva dimensión en el estudio de estos temas en el contexto latinoamericano, tal como lo propone este seminario, se inserta directamente en la propuesta de un conocimiento no machista. Pero el llamado al seminario plantea un problema pues parecería indicar que hasta el momento los estudios sobre género y raza se hubiera desarrollado aisladamente, cada uno por su lado, como si no tuvieran nada que ver el uno con el otro.

Desde la Historia, no hay duda alguna que los estudios sobre la esclavitud por ejemplo, raramente han tomado en cuenta la experiencia de las mujeres, hayan sido publicados en castellano, portugués o inglés. La historiografía tradicional, aún la más moderna escrita por hombres, tiende a equiparar la experiencia de las esclavas con la de los esclavos y no las analiza separadamente.¹ Marietta

* Trabajo presentado en el Seminario Género e Raça na América Latina-Memorial da América Latina, São Paulo, Brazil, 13-15 de agosto de 1990.

1. HERBERT KLEIN demuestra la idea que la norma es lo masculino hasta en una nota bibliográfica incluida en su libro *African Slavery in Latin America and the Caribbean*. Su comentario sobre el libro de ARLETTE GAUTIER, *Les Soeurs de solitude, la condition féminine dans l'esclavage aux Antilles du XVII^e au XIX^e siècle* (París, 1985) es: «para los problemas especiales de las mujeres esclavas». Ver HERBERT S. KLEIN, *African Slavery in Latin America and the Caribbean*, Nueva York: Oxford University Press, 1986, p. 277.

Morrisey señala que las numerosas investigaciones sobre la esclavitud en el Nuevo Mundo, inclusive los trabajos demográficos sobre las sociedades esclavistas del sur de los Estados Unidos y del Caribe, apenas mencionan a las mujeres negras y por añadidura, lo hacen de manera superficial e indirecta.² Hilary McD. Beckles nos recuerda que aunque los historiadores tradicionales no hayan querido o no hayan podido ver la centralidad de las mujeres en el sistema esclavista, los señores de los ingenios «reconocían la importancia crítica del género y usaban a las mujeres de manera específica, con un impacto directo y único sobre su experiencia».³

La invisibilidad de las esclavas en la narrativa histórica no es de extrañar pues no es sino un aspecto más de la invisibilidad de las mujeres en la historiografía en general. La historiadora norteamericana Barbara Evans Clemens, apunta que un texto de historia de los Estados Unidos, escrito por dos hombres, publicado en 1967 y usado en numerosas universidades, los autores dedicaban dos páginas a las mujeres sobre un total de 900 y en realidad solamente resumían la campaña por el voto femenino.⁴ Otra historiadora, Berenice A. Carroll, nos recuerda que ese mismo año, Oxford University Press publicó *A World History* de William H. McNeill, con un índice temático que incluía un único nombre de mujer, el de Catalina de Rusia.⁵ La misma Carroll consigna que en una obra anterior y de mucha mayor envergadura, McNeill solamente mencionó el nombre de cuatro mujeres (Jane Austen, Catalina de Rusia, Fátima e Isabel de Castilla); tres figuras religiosas femeninas (Pallas Atenea, Isis y la Virgen María) y Alicia en el País de las Maravillas.

A pesar de haber estado presente en los procesos históricos y haber participado activamente en ellos, las mujeres han sido excluidas de la historiografía tradicional. Preocupados por estudiar las hazañas de «los grandes hombres», el funcionamiento de las instituciones, la formación del proletariado o el comportamiento de campesinos o marginales, los historiadores han ignorado a las mujeres y no las han integrado a sus estudios. Por otra parte, siempre se han ocupado de «mujeres excepcionales», fueran éstas reinas,

2. MARIETTA MORRISEY, *Slave Women in the New World. Gender Stratification in the Caribbean*, Lawrence, Kansas: The University Press of Kansas, 1989, p. 1.

3. HILARY MCD. BECKLES, *Natural Rebels. A Social History of Enslaved Black Women in Barbados*, New Brunswick, New Jersey: Rutgers University Press, 1989, p. 3.

4. BARBARA EVANS CLARK, «Images of Women: Views from the Discipline of History», en Michele Paludi and Gertrude A. Steuernagel, *Foundations for a Feminist Restructuring of the Academic Disciplines*, Nueva York: Harrington Park rePss, 1990, p. 99.

5. Citado en BERENICE A. CARROLL, «Mary Beard's Woman as Force in History: A Critique», en Berenice A. Carroll, (ed.), *Liberating Women's History*, Urbana: University of Illinois Press, 1976, p. 27.

heroínas, brujas, estuvieran «detrás del trono» o las pusieran los historiadores allí. Estas figuras femeninas son seres estereotipados, que poco tienen que ver con la realidad y que no han merecido una investigación rigurosa, tal como lo señaló Virginia Woolf hace ya cincuenta y siete años en *A Room of One's Own*. «Parecía una pérdida de tiempo consultar esos señores que se especializan en la mujer y su impacto sobre lo que sea —la política, los niños, los sueldos, la moralidad— por muchos que sean y por sabios que sean. Lo mismo valdría dejar sus libros cerrados.»

Las razones por las cuales las mujeres han sido un sujeto invisible para la historia tradicional, sea ésta positivista, política o social, son el resultado de la primacía de una perspectiva androcéntrica en el quehacer científico y el uso de metodologías y fuentes que reproducen y perpetúan una visión machista. Hasta hace pocos años, la profesión de historiador, como lo indica específicamente y muy precisamente la palabra, era ejercida casi exclusivamente por hombres. Si bien en muchos países había mujeres que enseñaban y también escribían historia, la norteamericana Mary Beard fallecida en 1958 entre otras, desde Heródoto en adelante, ser historiador ha sido sinónimo con ser hombre.

En los años setenta, el surgimiento del feminismo señaló el comienzo de una etapa en que las mujeres nos reconocimos como sujetos históricos y a la vez nos convertimos en objetos de estudio histórico, por lo menos para algunas historiadoras. Buscando saber el por qué de la discriminación contra las mujeres, sus efectos a través del tiempo y sus raíces más remotas, conocer aquellas mujeres que se habían rebelado contra su condición y entender el por qué lo habían hecho, volvimos nuestra mirada hacia el pasado. Urgía hacerlo pues para crearnos una nueva identidad, necesitábamos memoria, modelos y ejemplos. Primero en artículos y poco a poco en trabajos monográficos, fueron tornándose visibles mujeres cuyos actos y pensamientos no habían sido dignos de ser consignados en la narrativa tradicional. Una nueva generación de historiadoras empezó así a redefinir el campo de la investigación histórica, al criticar sus metodologías, cuestionar la periodización tradicional, descubrir fuentes hasta el momento despreciadas o ignoradas y muy especialmente, al construir una narrativa histórica en la que las mujeres ocupaban una posición central.

El impacto del feminismo en la historiografía tradicional ha significado también un cambio en la historiografía sobre esclavitud y cuestiones de raza en general. Desde hace unos pocos años han comenzado a aparecer trabajos monográficos centrados en mujeres de raza negra. Aunque estos estudios son todavía poco numerosos, los trabajos sobre las mujeres de raza negra en el Caribe de habla inglesa merecen una mención especial, en particular obras como *Natural Rebels. A Social History of Enslaved Black Women in Bar-*

bados, de Hilary McD. Beckles; *Slave Women in the New World*, de Marietta Morrisey; *The Black Woman Cross-Culturally*, de Kenneth Bilbey y Filomina Chioma Steady, y *Slave Women in Caribbean Society, 1650-1838*, de Barbara Bush.⁶

Por otra parte, en lo que se refiere a los estudios de género, la situación es muy distinta, por lo menos mirándola desde el punto de vista de la Historia. El surgimiento de la historiografía feminista fue un proceso gradual que de ninguna manera implicó un corte abrupto con la historiografía tradicional. Así aquellas historiadoras que se situaban dentro de la historia social no abandonaron el concepto de clase por ejemplo aunque sí buscaran su reformulación. Y cuando a mediados de los años setenta, se inició el debate sobre el concepto de género en el mundo académico, éste estuvo explícitamente asociado a raza y clase, por lo menos en los trabajos de Joan Kelly-Gadol. Lamentablemente fallecida en 1982, Joan Kelly-Gadol fue la primera historiadora en hablar de «relaciones de género» y la primera en cuestionar algunos conceptos fundamentales de la historia tradicional, por ejemplo el pensar que la experiencia «del hombre» era igual a la de las mujeres. Demostró así en su célebre artículo «Did Women Have a Renaissance?» que si bien hubo un renacimiento para los hombres en el siglo xv, las mujeres no lo tuvieron pues su nivel educacional y sus posibilidades de participación en la vida cultural se vieron disminuidas entre la Edad Media y el Renacimiento.⁷ Según Kelly-Gadol el objetivo de una historia feminista debía ser la transformación del género en algo «tan fundamental para nuestro análisis como clasificaciones tales como la clase social y la raza».⁸ También habría que mencionar aquí a Joan Wallach Scott y muy especialmente su reciente libro *Gender and the Politics of History*, una colección de ensayos y críticas escritas durante la última década.⁹ De una forma u otra Scott ha hecho persistentemente hincapié en la necesidad de pensar en la historia feminista desde una perspectiva teórica. Para ello propone una definición de género compuesta de dos partes, dos proposiciones, analíticamente separadas pero integralmente unidas: «el género es un elemento constitutivo de relaciones sociales basadas en diferencias percibidas

6. HILARY MCD. BECKLES, *Natural Rebels. A Social History of Enslaved Women in Barbados*, New Brunswick: Rutgers University, Press, 1989; MARIETTA MORRISEY, *Slave Women in the New World*, Lawrence: The University of Kansas Press, 1989; KENNETH BILBEY y FILOMINA CHIOMA STEADY, *The Black Woman Cross-Culturally*, Cambridge, Mass.: Schenkman, 1981 y BARBARA BUSH, *Slave Women in Caribbean Society, 1650-1838*, Bloomington y Indianapolis: Indiana University Press, 1990.

7. JOAN KELLY-GADOL, *Women, History and Theory*, Chicago: The University of Chicago Press, 1984, p. 8.

9. JOAN WALLACH SCOTT, *Gender and the Politics of History*, Nueva York: Columbia University Press, 1988.

entre los sexos, y el género es una manera primaria de significar relaciones de poder».¹⁰ Su preocupación por la teoría, bajo la influencia del posestructuralismo, la ha llevado gradualmente en otra dirección que la apuntada por Kelly-Gadol, y como Linda Gordon lo ha señalado recientemente, Scott tiende a ver el género como una categoría analítica integral.¹¹

Estas historiadoras, y muchas otras que ahora se dedican exclusivamente a la historia de las mujeres, vienen de la historia social. Por lo tanto aunque trabajen sobre historia de Francia en el siglo XVIII como Scott o escriban obras sobre la violencia en la familia en la ciudad de Boston entre los años 1880 y la década de los sesenta, como Gordon, pertenecen a una corriente del feminismo norteamericano compuesto por mujeres que provienen de la izquierda, en su sentido más amplio. Pero el feminismo norteamericano tuvo su renacimiento a fines de los años sesenta, durante las luchas de los hombres y las mujeres de raza negra por sus derechos civiles. De hecho una de las vertientes del feminismo surgió entre las jóvenes, en su gran mayoría estudiantes, que participaron primero en el movimiento por los derechos civiles, el Civil Rights Movement, y luego en el movimiento contra la guerra de Vietnam. Cuando estas jóvenes comenzaron a organizar los primeros grupos de concientización y a llamarse feministas, no podían sino incorporar el concepto de raza a sus planteos. Por otra parte, la creación de los programas de Women's Studies en la década de los setenta, como resultado de los planteos feministas en el ámbito académico, tuvo como modelo los programas de Black Studies iniciados por estudiantes y académicos negros en la década de los sesenta.

Pero también cabe recordar que en este caso como en tantos otros, hay una distancia muy grande entre lo que se dice y lo que se hace, entre la teoría y la práctica. No hay duda alguna que el feminismo norteamericano ha tenido grandes dificultades en desarrollar un movimiento político y social coherente con los planteos teóricos que ha elaborado. A pesar de las declaraciones y esfuerzos denodados de muchas feministas norteamericanas, a estas alturas el movimiento sigue siendo mayoritariamente blanco y mayoritariamente compuesto por mujeres de clase media. Del mismo modo, en el campo de la investigación histórica, los estudios de género son todavía muy escasos. En términos generales, la producción historiográfica sobre mujeres es verdaderamente muy numerosa, tanto en los Estados Unidos como en algunos países europeos, pero esto no quiere decir que en esa producción se haga análisis de género o de relaciones de género y se tenga en cuenta la raza siempre que

10. *Idem.*, p. 42.

11. LINDA GORDON, «Gender and the Politics of History. By Joan Wallach Scott», *Signs*, vol. 15, n.º 4, Summer, 1990, p. 853.

corresponda hacerlo. En este sentido, merece mención especial un estudio reciente de la historiadora Elizabeth Fox-Genovese sobre las relaciones de género y raza en el sur de los Estados Unidos.¹²

Esto se debe primero y principalmente al hecho que la elaboración del concepto de género es en verdad muy reciente —no hace ni siquiera 20 años que lo tenemos en nuestro vocabulario teórico— y el debate sobre el tema todavía no está resuelto. En el trabajo de Linda Gordon mencionado anteriormente, ella explica en parte su diferencia con Scott por las distintas definiciones que dan al concepto de género. Gordon lo usa «para describir un sistema de poder en el que las mujeres están subordinadas a través de relaciones que son contradictorias, ambiguas y conflictivas, una subordinación mantenida a pesar de resistencias, pero en la que las mujeres de ninguna manera se definen como otras, hacen frente a disyuntivas, eligen y actúan a pesar de constreñimientos».¹³ En un artículo reciente Jane Flax nos recuerda que no solamente no hemos llegado a un acuerdo sobre qué es el género sino que todavía no tenemos en claro su relación con las diferencias sexuales anatómicas, cómo se producen los cambios en las relaciones de género en el tiempo, cuáles son las relaciones entre relaciones de género, sexualidad y un sentido de identidad individual o la relación entre la heterosexualidad, la homosexualidad y las relaciones de género.¹⁴ De más está decir que también está en discusión la elaboración de una metodología adecuada que nos permita comprender problemas fundamentales tales como la construcción de los géneros y sus relaciones.

Con respecto a América Latina y el Caribe, tenemos una complicación adicional y es que la producción historiográfica desde una perspectiva feminista es relativamente escasa, sobre todo si se compara ésta con lo producido en otras ciencias sociales durante los últimos 20 años. Tiene además otra característica interesante y es que está escrita en su gran mayoría por historiadoras norteamericanas o por lo menos que trabajan en universidades norteamericanas.¹⁵

Las razones que pueden explicar esta situación son varias. En primer lugar, la sociología, las ciencias políticas, la economía y la antropología, son ciencias sociales cuya expansión coincidió con el aumento de los niveles educacionales entre mujeres de clase media

12. ELIZABETH FOX-GENOVESE, *Within the Plantation Household: Black and White Women of the Old South*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1988.

13. LINDA GORDON, «Response to Scott», en *Signs*, op. cit., p. 852.

14. JANE FLAX, «Postmodernism and Gender Relations in Feminist Theory», *Signs*, vol. 12, n.º 4, Summer, 1987, p. 627.

15. Ver JUNE E. HAHNER, «Researching the History of Latin American Women: Past and Future Directions», en *Revista Interamericana de Bibliografía*, 3, n.º 4, 1983 y K. LYNN STONER, «Directions in Latin American Women's History, 1977-1985», en *Latin American Research Review*, vol. XXII, n.º 2, 1987.

en América Latina, y han demostrado ser mucho más abiertas a la presencia de mujeres en sus filas que la historia, disciplina antigua y muy elitista. En América Latina, como en otras regiones, la profesión de historiador ha sido también eminentemente masculina, pero además ha sido frecuentemente ejercida por hombres que han desempeñado un papel destacado en la historia de su país, me refiero por ejemplo a historiadores como Bartolomé Mitre en la Argentina o Lucas Alamán en México. Esta circunstancia, junto con el predominio de una historia positivista y por lo tanto política, ha contribuido a mantener a las mujeres alejadas de esta profesión. Excluidas de la vida política, en la Argentina las mujeres no pudieron votar en elecciones nacionales hasta 1952 y en México no lo hicieron hasta 1958, nada tenía de extraño que tampoco escribieran historia. También habría que mencionar la importancia que han adquirido las disciplinas centradas en cuestiones sociales o económicas, vista la urgencia por tratar de entender y resolver los acuciantes problemas de este continente, la existencia de fondos de origen extranjero para la investigación de los mismos a partir de los años sesenta y la creación de centros de investigación fuera de la Universidad donde de nuevo han imperado las ciencias sociales más duras.

Finalmente otras circunstancias que pueden haber contribuido a relegar la Historia a un segundo plano tienen que ver con la relación entre la investigación sobre mujeres y el movimiento feminista, y las condiciones en las que éste se fue desarrollando. En muchos países de América Latina, inclusive el Brasil, la investigación sobre mujeres no fue el resultado directo del surgimiento de un movimiento feminista. En la mayor parte de los casos, los estudios sobre mujeres nacieron fuera del ámbito académico, en los nuevos centros de investigación donde se refugiaron las ciencias sociales y precedieron el surgimiento del movimiento feminista. Tampoco podemos ignorar las dificultades que tuvo el mismo para organizarse en América Latina durante los años setenta, sobre todo en aquellos países en los que imperaban gobiernos militares.

La necesidad de revisar el pasado no solamente para recuperar figuras femeninas olvidadas sino también para entender procesos que la Historia tradicional no se ha planteado es cada vez más urgente. Ya es hora que la historiografía colonial por ejemplo vaya revelando los detalles de la compleja articulación de jerarquías de raza y género en distintos momentos y en distintas regiones. Si se agrega el género a la división tradicional de la sociedad colonial española en dos ejes, españoles (peninsulares o criollos) e indios, correspondientes a denominaciones raciales fundamentales y a una división de clase específica, se le agrega el género, empieza a surgir un cuadro mucho más complejo.

Es posible concebir ese cuadro, necesariamente atemporal, estructurándolo como una pirámide dominada por los representantes

de la corona, en cuyas manos se halla el poder político. Por debajo de ellos, los descendientes de los conquistadores, los criollos, siempre que fueran hombres y pudieran probar su legitimidad, tienen un estatus superior, riqueza y el derecho de usar una fuerza de trabajo subordinada compuesta por hombres y mujeres que pueden ser de origen indio, africano o pertenecientes a las castas.

Pero las mujeres peninsulares o criollas son iguales a los hombres solamente en términos de raza. De ello, ellas están legalmente subordinadas a los españoles porque se las considera el sexo débil, que necesita la protección del padre si son solteras o del marido si son casadas. Así las mujeres por muy blancas y/o nobles que sean no pueden ejercer un oficio público, no pueden ocupar posiciones de autoridad y por lo tanto están sujetas a las restricciones que se aplican a los indios y a las indias y, por demás está decirlo, a los esclavos de los dos sexos. El estatus de una española o una criolla está definido por su padre o su marido, pero por ser blanca, a pesar de su subordinación, es superior a los indios de los dos sexos o a cualquier mestizo o mestiza.

Si por un lado los mestizos se ven impedidos de ejercer funciones públicas por su raza, las mestizas se ven subordinadas a ellos por su sexo. Sin embargo, ambos son superiores a los hombres y a las mujeres que viven en las comunidades indígenas. En éstas, las mujeres siguen subordinadas a los hombres como lo estaban antes de la conquista, pero tanto las unas como los otros están subordinados a los españoles de ambos sexos. A pesar de ser vasallos libres de la corona, son tratados como menores de edad, que es lo que les sucede a las mujeres.

Pero los indios a su vez también están divididos por clase y la nobleza india está más cerca de la nobleza criolla o peninsular que de los indios del común. Y en la base de la pirámide, están los esclavos y las esclavas, iguales en la medida que ambos son vistos como mano de obra, pero desiguales en las ocupaciones que desempeñan en el ingenio, las esclavas ocupando un estatus inferior por ser mujeres y estar sujetas a la dimensión sexual del poder del amo o de los capataces.

En este sistema jerárquico, las mujeres blancas, o sea las criollas o españolas cumplían un papel esencial porque solamente a través de ellas, la élite masculina podía mantener su supremacía racial y de clase. Las mujeres blancas eran el eslabón necesario para que la riqueza material, el estatus y el honor de una familia pudieran ser transmitidos de generación en generación. Era necesario controlar su sexualidad pues con ello se aseguraba la perpetuación de la hegemonía española y el mantenimiento de distinciones raciales —la pureza de sangre— en un mundo en que los orígenes sociales de muchos nobles eran por demás dudosos pues sus títulos arrancaban en la conquista. Por muchas transgresiones sexuales que hubiera y

por numerosos que fueran los mestizos y las castas, durante toda la colonia, el matrimonio fue la institución y el sacramento que hacía posible que el sistema funcionara de manera ordenada y se perpetuara sin dificultades.

Este modelo, obviamente un producto colonial, tiene su fundación en las relaciones de género y raza impuestas con violencia durante el proceso de la conquista, temas que poco han llamado la atención de historiadores. Además de entender cómo se genera esa estructura jerárquica, cuáles son sus expresiones simbólicas y qué variaciones pueden existir en las distintas regiones, importaría también comprender los cambios que se producen en ella y la forma en que se articulan.

Las preguntas sobre estos y otros temas son muchas y recién empezamos a hacerlas. ¿Cómo es posible que la Revolución Mexicana tardara hasta 1958 para darle a las mujeres el derecho de votar en elecciones nacionales? ¿Cómo y por qué, por lo menos en la América de habla española, la formación del estado nacional significó por un lado la exclusión de las mujeres del concepto de ciudadanía y el mantenimiento de la subordinación de todas las mujeres —cualquiera fuera su origen racial o étnico—, pero por otro representó libertad de los esclavos y las esclavas en tanto tales y por lo tanto la igualdad de todos aquellos que no eran blancos con los que lo eran? ¿Por qué a principios del siglo xx en la mayoría de los países latinoamericanos, hubieran sido colonizados por España o Portugal, las mujeres seguían sujetas a leyes escritas durante la colonia y eran tratadas como menores de edad junto con los niños y los discapacitados?

Ha llegado la hora del diálogo que propone este seminario en el sentido de unir el género y la raza, para impulsar el desarrollo en América Latina y el Caribe de una nueva historiografía que profundice el trabajo ya iniciado. Una historia que formule las preguntas que las historiadoras proponemos desde el feminismo y que los historiadores se olvidaron de hacer, o no quisieron o no pudieron hacer.